

ciones, la humanidad habría alcanzado la meta en nuestro siglo, y podría llamarse feliz.

*

Uno de los signos más evidentes de la justicia distributiva del Eterno, es la de no haber comprendido en la ley de la herencia el talento y mucho menos el genio. Por eso tan grandes bienes no son el patrimonio de una familia, sino que desaparecen con el que los poseyó por don divino. Lo común es, y la historia de la humanidad nos lo demuestra, que á lo sumo lleguen ser honrosas medianías los hijos de los que de alguna manera han dignificado su propio nombre.

*

Tánto se paga el hombre de lo que siente, piensa ó ejecuta, que ninguna cosa le es más difícil que comprender que otro proceda de distinta manera que él sin incurrir en un error.

*

La indumentaria femenina sufre tan frecuentes cambios, porque la mujer misma la encuentra ridícula una vez que satisfizo la ne-

cesidad creada por la moda. Hasta entonces comprende que en vez de embellecerla ó de realzar sus encantos, la deforma y afea.

*

El que dude que el *altruismo* tan traído y llevado en nuestros días, no es más que una palabra de moda, no necesita para desengañarse sino ver cómo privan y se sobreponen al interés de la humanidad los intereses comerciales de los pueblos, cuando éstos por no resentir perjuicios, ocultan las epidemias reinantes en ellos y facilitan así su propagación, con su séquito de angustias, de pánico, y de muerte.

*

¡Qué distintos son los misioneros de nuestros días á los misioneros de antaño! Estos, animados de una fe pura y ardiente, afrontaban la miseria y la muerte por ir á difundir sus doctrinas entre los salvajes; ahora los que parten á regiones que han despertado la codicia del imperialismo, son *agentes viajeros* que, porque sirven al comercio, cuentan con la protección de ejércitos y escuadras. ¡Idealistas, aquéllos; hombres prácticos éstos!

*

Tentado se encuentra uno á creer que el lujo y fausto han sido impuestos por Dios como una obligación, á los que los despliegan; porque si tal no hicieran, ni las artes ni la industria que son fuente inagotable de trabajo para los que de ellas viven, alcanzarían el desarrollo y el brillo que enorgullece á los pueblos. Hé ahí á la vanidad, benefactora involuntaria.

*

El evangelista que atribuyó á Jesús la sentencia famosa: "El que no está conmigo está contra mí," le calumnió sin duda, pues no cabe atribuir al nazareno que era todo amor y que predicaba aun el perdón de las injurias, tan exigente exclusivismo. Que los hombres de partido y los ensoberbecidos por el poder vean un enemigo y como á tal lo traten, hasta en el que pura y sencillamente se abstiene de mezclarse en los enojosos asuntos de la política, se concibe sin la menor dificultad; pero que cualquiera piense tener derecho á la incondicional y obligatoria adhesión de todos, es un absurdo que la razón humana repugna. La adhesión impuesta por el miedo no es adhesión.

*

Los agitadores de las turbas desencadenan á una fiera de la que ellos mismos serán víctimas. La ceguedad de la pasión, la impaciencia por llegar cuanto antes al fin propuesto, la dominante ambición de mando y el ansia de notoriedad, coaligadas en contra de la sociedad, convierten en instrumentos á los agitadores, haciéndoles promesas que no pueden ser cumplidas.

*

¿De qué tiene que sorprenderse el que de una manera inopinada pierde un puesto debido al favor de un gobernante ó de un poderoso? Los favores ó gracias no constituyen una obligación para el que los otorga, y retirarlos no implica una falta, es verdad; pero también lo es que á tan inestable posición se debe con frecuencia el afán de *aprovechar el tiempo*, como dicen en su calor especial los que se conducen sin honradez en los puestos que han obtenido por favor.

*

¡Curiosa pretensión, — por no llamarla de otro modo, — la de las mujeres que á toda costa reclaman el respeto del hombre mismo á quien han vilipendiado! Que un caballero no debe

tocar á una mujer, ni con el pétalo de una flor, si es honrada y buena, no habrá quien lo discuta; pero si la mujer arroja al rostro del hombre el lodo de sus faltas, ¿es acreedora á respetos y consideraciones sentimentales? La que por sí misma rompe sus títulos á la estimación de la sociedad, ¿merece ser atendida cuando la reclama?

*

Pocas serán las ideas que hayan producido más perniciosos efectos en la humanidad, como la que consagró la creencia de que el trabajo es una malición, en vez de presentarlo como el ennoblecimiento del sér. Trabajar dignifica, por cuanto que lo que debemos á nuestra energía y á nuestro esfuerzo nos ahorra la vergüenza de pedirlo á otro.

*

La conciencia es un espejo que reproduce nuestras acciones, cada vez que frente á él nos encontramos. Por eso, como las mujeres feas evitan verse al espejo, el sér moral procura, con frecuencia inútilmente, hallarse frente á su conciencia; por eso los más huyen de estar solos.

*

Un instante de placer, produce muchas veces, una eternidad de sufrimientos. Preguntádselo á la mujer que cae, enloquecida por el amor, en los dolores de la maternidad, en las angustias que de ella dimanar; en la desesperación del abandono, en los horrores de la miseria.

*

Los enconcosos ataques de ciertos escritores, honran antes bien que perjudican, pues si se nos viera elogiados por ellos podrían creer los que no nos conocen que somos del mismo gremio, mientras que cuando nos deturpan se comprende todo lo contrario.

*

El andar apresurado de los hombres de negocios en los pueblos del Norte, obedece á una exigencia del clima, y no al deseo de que todo el mundo reconozca en ellos tipos de actividad prodigiosa. En los climas meridionales y en los del Trópico, ese apresuramiento, perjudicial al organismo no pocas veces, demuestra el espíritu de imitación, si no es que la vanidad de los que corren porque se les crea atareados provechosamente.

*

Ambiciones desapoderadas ó rencoroso despecho dan origen, las más de las veces, á las declamaciones de los que pretenden encauzar las corrientes de la opinión pública, envueltos en el manto del derecho, más aún, de la obligación que tiene todo ciudadano en una democracia para velar por el bien de la patria, por su progreso y por sus libertades. Los incautos y los desconocedores de los antecedentes de esos apóstoles, acojen con aplauso sus doctrinas, creyendo en su sinceridad; pero los que ahondan y aquilatan cuanto se les dice, acaban por descubrir los móviles secretos de toda predicación, y ¡ay de los embaucadores, si se les desnuda ante la sociedad!

*

Hay dos actitudes que pueden servir para apreciar en su verdadero valor á un hombre. La primera es la que toma cuando el éxito corona su esfuerzo; la segunda, la que reviste cuando ha sido vencido.

*

La afectación es una vía que conduce indefectiblemente al ridículo.

*

Es grande la estrechez de concepto,—perdonad la antítesis,—que revelan los que se burlan de los que llaman maestro á aquel que no les ha dado cátedra en materia alguna, pues no se necesita conocer sino en sus obras al que en ellas transmite el saber que atesora. Los grandes sabios, los literatos eximios y los poetas excelsos, tienen discípulos en donde quiera que se rinde culto á las inteligencias superiores. Si la enseñanza tuviera que ser siempre y exclusivamente oral ¡qué limitado sería el número de los alumnos aprovechados! ¿Cuál sería el fruto de los libros?

*

Temed más al rabioso despecho de un fracasado que á la soberbia de un triunfador.

*

Por fortuna son tan contados los hombres fatuos que se creen hermosos, como son contadas las mujeres que se reconocen feas. Entre la vanidad de aquellos y el abatimiento de éstas, ¿cómo podríamos vivir?

*

Las primeras lecturas que hacemos con detenimiento al entrar en la adolescencia, deciden nuestra vocación literaria. No importa que lleguen á deleitarnos otras; no importa que en los tanteos que preceden á la consagración definitiva á determinado género ó rama de la literatura, lleguemos á creer que se ha fijado nuestro espíritu; cuando menos lo esperamos renace la afición primera que es hija de las primeras lecturas. Acaso las enseñanzas de la vida nos harán no comulgar con las ideas recibidas; nuestros puntos de vista serán otros; pero restará imperecedora nuestra predilección primitiva.

*

Espíritu de contradicción, espíritu de oposición y espíritu de destrucción, son tres estados de ánimo que forman otros tantos eslabones de la cadena que arrastran los hombres una vez que la política se adueña de ellos y no los conduce, como desearan, á alcanzar la meta de sus aspiraciones. Comienzan por contradecir cuanto pensamientos informa los actos del que manda, á seguida le oponen todos los obstáculos posibles, y por último anhelan á toda cosa destruirlo.

*

No os apresureis nunca á tomar venganza de aquel que empleando malas artes logra sobreponerse á vosotros. Dejad al tiempo la tarea de vengaros, se revelará él tal cual es, y los demás harán las debidas comparaciones.

*

¡Qué contados serán,—si es que existen,—aquellos que consagrados á la moda de los deportes, hayan pensado alguna vez en que su famoso juego *steeple chase*, no es más que una lección objetiva sobre la existencia humana! ¿Es acaso otra cosa sino una *carrera de obstáculos*?

*

Por duro que sea el confesarlo, es preciso hacerlo. Ya no hay redentores de pueblos, ni apóstoles de la buena nueva, pues las teorías más hermosas no son sino el anzuelo de que se sirven los que ambicionan dirigir, en provecho propio, á los pueblos, ó satisfacer venganzas personales. Basta para convencerse de esta verdad, conocer la vida privada y los móviles que impulsan á esos redentores y á esos apóstoles.

*

Si pudiera existir un remedio para curar á la mujer de la insania que la devora por vestirse conforme al último figurín, ese remedio sería el poner siempre ante sus ojos uno de aquellos libros profusamente ilustrados en que se sigue la evolución de la moda al través de las edades. Pensar que los pósteros las verán en sus retratos, tan ridículas y deshonestas como ellas miran á las damas de otras épocas, acaso las haría más discretas, más pudorosas, ya que el espejo nada les dice si no es que son hermosas y provocativas.

*

La inmensa mayoría de los lectores de periódicos, ignora á qué móviles obedecen los elogios y las censuras que en ellos encuentran. Por eso hacen tantos prosélitos inconcientes esas hojas que rara vez se inspiran en la verdad y en la justicia. La honradez periodística tiene contados observantes.

*

La amistad entre dos personas de distinto sexo, no puede existir sino cuando el tiempo que todo lo modifica ha apagado el ardor de

las pasiones y dado lugar á afectos desinteresados. Cuando dos jóvenes creen estar ligados por dulce y tranquila amistad, no se imaginan que alborea para ellos el día del amor; porque es más fácil que una amiga se convierta en novia que el que una novia se convierta en una amiga. En cambio, en la edad madura, una mujer discreta es un tesoro inapreciable, el mejor de los consejeros y fuente de consuelo en las grandes penas. El amor es pasión y la amistad afecto; por eso el primero pasa, y perdura la segunda. El amor es cadena y la amistad suave lazo de unión.

*

El que no sabe acallar el grito de sus pasiones en bien de la patria ó de la sociedad de que forma parte, no podrá nunca ser un buen ciudadano; porque nada hay más fácil que el confundir el interés propio con el interés de la comunidad, cuando la pasión nos domina, y no pocas veces nuestras aspiraciones y nuestras conveniencias están en contraposición con las de los demás.

*

Si vuestra esposa se desatiende del deber de

vigilar la cocina, obligadla á comer en fonda, sin interrupción, durante algunos meses. Vuestro sacrificio al acompañarla quedará ampliamente recompensado, pues habréis obtenido la corrección de tan grave defecto, en menos tiempo del que esperábais.

*

Se da una interpretación tan torcida á las palabras en los días que corren, que basta exigir el cumplimiento de un deber contraído voluntariamente, para clamar contra el *tirano* que usa de tan legítimo derecho. La verdadera tiranía es hoy la de los insubordinados que quieren tener derechos pero no obligaciones.

*

Cuando me presentéis á un agitador que después de haber hecho triunfar sus ideas se desterró voluntariamente para gozar desde lejos su victoria, pobre y honrado y sin pretender dirigir á aquel en quien resignó el poder, entonces y sólo entonces, creeré ver en su frente la aureola resplandeciente de los grandes benefactores, de los verdaderos altruistas.

*

En aquellos tiempos en que la prensa de información no existía ó no había alcanzado el desarrollo que ha tenido en nuestros días, los que fraguaban un atentado contra la vida de un soberano ó contra la propiedad de un magnate, necesitaban revelar su secreto y buscar cómplices para no errar el golpe. Hoy, con meses de anticipación se publica el itinerario que va á recorrer el personaje espiado, se fijan horas y minutos, y se proporciona la mayor suma de facilidades á sus enemigos y basta á los criminales por lo tanto, leer los periódicos, para saber lo que entonces se hacía difícil y hasta imposible averiguar, aun contando con recursos pecuniarios. ¿Será éste un signo de progreso?

*

Que la humanidad se ha enriquecido por la ciencia que en los últimos siglos ha dado pasos gigantescos, no pueden desconocerlo ni los pesimistas empedernidos; pero ni los más optimistas dejarán de comprender que, á pesar de esa ciencia, se ha relajado la primera y principal de las nociones á que los pueblos deben su grandeza: la idea de patria, y con ella la de los deberes sacratísimos que ella impone. Las ideas utilitarias, eminentemente egoístas, que tanto

privan ahora, excluyen las de abnegación y sacrificio, virtudes sin las cuales no se conquistan la libertad y el poderío de una nación.

*

En épocas de prosperidad, los individuos, como los pueblos, olvidan que para alcanzarla pasaron por pruebas y sacrificios, y que si la perdieran serían más dolorosas y mayores esas pruebas y sacrificios, pues como dijo el Dante *no hay dolor más grande que recordar el buen tiempo pasado, en la miseria.*

*

Se pierde fácilmente hasta lo que con dificultad se alcanzó. Por lo tanto, la nación que ha conquistado los beneficios de la paz, debe, á toda costa, evitar su pérdida.

*

Como que se está más tiempo solo consigo mismo, ¿de qué sirven los pasajeros halagos de los demás, que nos distraen de nuestros pensamientos, si la conciencia tiene que reprocharnos cuando nos hable á solas?

*

La leyenda del judío errante condenado á andar siempre contra su deseo y contra su voluntad, no difiere de la sentencia que obliga al que no tiene hogar y come hoy en fonda, como comió ayer y comerá mañana. Es de sospechar que por retirarse de las fondas, no pocos solteros recalcitrantes se acojen al séptimo sacramento.

*

Cuando uno de esos hombres agriados por las contrariedades de la vida y por el desencanto que produce el ver cómo triunfan los que á su juicio menos lo merecen, os diga que desprecia á la humanidad ó que la odia, preguntádle si se desprecia ú odia á sí mismo, y no sabrá qué responderos. Porque decir por modo absoluto el sentimiento que la humanidad les inspira, es comprenderse en la regla general, ó ser tan soberbios que se creen ellos sólo los dignos de estimación en el universo.

*

De crimen de lesa-patria deben ser calificados los que á título de proclamar grandes principios y doctrinas redentoras perturban el orden público y hunden á su país en la anarquía

primero, y en la ruina después. Y si en donde quiera esta verdad debe ser tenida por dogma, más profunda significación tiene en las pequeñas repúblicas del Continente descubierto por Colón, para las cuales la revuelta entraña, no solamente el estancamiento de la fortuna privada, sino—lo que importa más,—el precipitarse en las fauces de la fiera que ansía devorarlas.

*

“Podrán errar, pero su intención es buena,” dicen para absolver á un opositor, los que comparten sus ideas y no tienen el valor de confesarlo. Perfectamente; pero ¿es lícito y razonable el atribuir siempre mala ó dañada intención al que gobierna? ¿Sólo cabe el error en él?

*

El inmoderado afán de enriquecerse, más todavía que la ambición de mando, es el fuego que devora á los que escalan la administración en muchos de los pueblos, en nuestros días. Nobles aspiraciones existen y han existido siempre; mas ellas sólo anidan en seres superiores, y éstos son contados.

*

Por antífrasis se llama sentido común á la facultad más rara ó difícil de poseer, como empleando la misma figura retórica se llama feministas á las mujeres que pretenden usurpar todos los atributos del hombre; siendo de notar que en su inmensa mayoría las feministas no tratan de reivindicar derechos más ó menos discutibles, sino de ejercitar una venganza contra los hombres que las han desdeñado.

*

Se debe temer en las democracias que las sufragistas lleguen á contarse por millares, porque también por millares se contarán las que por obtener los sufragios de los hombres los compran con sus favores, pues la mujer, una vez empeñada en una empresa hace á un lado toda consideración, por triunfar. Distraída por la política, de los santos deberes del hogar y en contacto más directo con el hombre, su caída será inevitable, porque ni la política que es tan absorbente, ni el ansia de notoriedad, ni anhelo ninguno, bastarán nunca á destruir los instintos naturales de cada uno de los sexos.

*

La mujer al hacer la primera concesión, jura y perjura que será la única, la primera y la última. ¿No sabe que el amor es un niño que dice conformarse con sólo un dulce, y después llora, y desespera al que se lo concedió, hasta obtener otros más, sin saciarse nunca?

*

Los simpatizadores de las malas causas no pueden ser castigados, por cuanto que no traducen en hechos delictuosos sus ideas subversivas. Son como las aguas contaminadas que llevan en su curso, para propagarlas, las epidemias que diezman á los pueblos. No son un germen sino un vehículo.

*

La actualidad, es decir, lo que es transitorio, lo que pocas veces deja una huella, absorbe de tal modo al público lector en México, que mientras los periódicos de información se multiplican, se hace más difícil, ruinoso podría decirse, la publicación de libros y revistas. A este respecto nuestro país ocupa un lugar menos que secundario entre los pueblos cultos, y es tanto más de lamentarse, cuanto

que en pocas naciones es más elevado el valor del libro extranjero y de las revistas de igual procedencia. ¿Cómo puede, entonces, pedirse á la juventud que se aficione á las obras de largo aliento, si carece de recursos para obtenerlas?

Debería el Gobierno nacional ocuparse en satisfacer esta exigencia que es tan noble y tan legítima.

*

Corromper al ejército, desviarlo de la senda del deber por medio del soborno, á él que es el sostén de las instituciones y el guardián de la honra de la patria, es entregar inerme á ésta, ó si nó, facilitar el entronizamiento de la guerra civil que es la mayor de las calamidades que pueden pesar sobre un pueblo.

*

El amor no pide una limosna, el amor no quiere nada por compasión, ni quiere vencer por el auxilio de nadie. Es un fuego que si no se comunica por su propia virtud, se consume en sí mismo antes que recurrir á agentes que lo propaguen ó trasmitan. Y no se diga que

esto es soberbia; es reconocer su grandeza y esperararlo todo de ella.

*

Por no hundirse en el abismo del dolor, se hunden en el abismo de la degradación aquellos que buscan el olvido de sus penas en la embriaguez.

*

El juego, como todos los vicios, degrada al individuo, pero siquiera tiene el pudor de no exhibirse en toda su asquerosa desnudez. Es pernicioso el jugador para la sociedad, como cualquiera de los seres degradados; pues para conocer sus máculas hay que penetrar en su vida privada.

*

Pedir la supresión de los ejércitos, por lo que su mantenimiento cuesta, y porque no son necesarios, toda vez que en las grandes necesidades de un pueblo se improvisan, es un disparate. Las turbas indisciplinadas y sin instrucción, nunca serán más que turbas, con todos sus insanos apetitos, y en domeñarlas pierden, los que las conducen, el tiempo que debieran

emplear en los combates. Los grandes caudillos es cierto que no se forman en los colegios militares, porque para serlo se necesita el genio antes que todo y sobre todo; pero aun poseyéndolo serán vencidos si sus soldados no poseen sino valor. El heroísmo por sí solo no conquista la victoria, sino por excepción; y dados los adelantos de la ciencia de la guerra, mil héroes pueden ser derrotados por la estrategia de unos cuantos militares instruidos.

*

Si el amor no es un duo, es simplemente una aria triste.

*

Fe que no es espontánea, no merece llevar ese nombre. El convencimiento puede llevar á aceptar un principio, por determinados razonamientos ó por la propia reflexión; casi es lo mismo que resignarse; lo cual dista mucho de ser fe.

*

No hay trabajo más penoso y más estéril que el buscar el olvido. Si él no se presenta por sí mismo, cuantos recursos se empleen por

atraerlo serán meros artificios, nunca la verdad, y mientras mayores sean los esfuerzos que se hagan, más presentes estarán las causas que ennegrecen nuestro espíritu, y por lo tanto hay que ver estos males como irremediable herencia que nos legó la suerte, así acabaremos por acostumbrarnos á ellos, y la costumbre mata el dolor como mata las ilusiones.

*

El suicidio moral del que se embriaga preocupa menos que el suicidio material por la lentitud del procedimiento, cuando á nadie debería ocultarse que el que se embrutece por el alcohol comienza por morir para la sociedad, hasta que desaparece para siempre.

*

No se comprende en una época en que ante todo y sobre todo, se busca la utilidad práctica y el bien de las mayorías, cómo haya quien abomine á la autoridad que con mano de hierro procura extirpar á los agitadores y á los anarquistas. ¿Qué significan cien ejecuciones capitales si con ellas se evita que perezcan miles de miles de hombres honrados, y se li-

bren de la horfandad los seres que quedan sin sostén?

*

En Francia y en otros pueblos latinos, el viajero compra hasta lo que no ha menester. En Inglaterra, y en donde quiera que predomina el elemento sajón, sólo compra lo que es absolutamente necesario. Es que todo el secreto del buen comerciante es agradar al cliente, al tiempo de obsequiar el pedido, procurando no sólo satisfacer el deseo manifestado, sino, más aún, despertar nuevos deseos. La cortesía del francés contrasta con la brusquedad del anglo-sajón, y nada hay más humano, como se usa hoy decir, que dar la preferencia al que procura agradarnos. Si lo que pedimos no es un favor; si al complacernos se logra una ganancia, ¿á qué tanta altivez, á qué disimular que se puede emplear mejor el tiempo en algo que no sea en atendernos?

*

Si son verdaderamente excepcionales ciertos personajes reverenciados en su patria y fuera de ella, por su gloria altísima, ¿por qué se esfuerzan en destruir esa gloria los que por

bien documentados creen que deben probar que se ha enaltecido á un ídolo de barro? Arrebatar á un pueblo sus creencias más hermosas; destruir sin poder edificar, ¿no es un delito?

*

¡Qué himnos tan gozosos, qué cantos tan melifluos, qué adoración tan exaltada tienen las aves al nacer el día, para saludar al sol! Corren después las horas, llega el sopor de la siesta, y por último, la noche tiende sus velos, y no hay himnos, ni cantos, ni adoración.

Así los políticos; al encumbrarse alguno, al ejercer el mando, le halagan, le admiran, y cuando suena la hora de la partida, cuando no hay que esperar de él puestos, honores, riquezas, todos se alejan, para esperar un nuevo astro que vierta sobre ellos calor y vida.

*

Antes de entrar en combate es conveniente retemplar nuestras energías y robustecer nuestra fe en la victoria, recordando que las más de las veces el triunfo se debe á las torpezas y

á los errores del enemigo más todavía que á nuestro esfuerzo.

*

Los mismos que en su propia tierra miran con desdén, y á veces con insolente desprecio, al extranjero que no les habla en el idioma nacional, al encontrarse á su vez en tierra extraña se irritan porque no todos les comprenden. A la cabeza de los que así proceden, se encuentran los anglosajones. En su gran mayoría, juzgan que todo el mundo está obligado á tributarles un homenaje por la superioridad de su raza y por su riqueza. En las calles de México hemos oído á mendigos yanquis desatarse en improperios al ver que no se les entiende.

*

A título de depurar la historia de fábulas y leyendas, los demoleedores de famas, modernos iconoclastas, se apoderan de cartas y documentos privados que revelan poridades que si se relacionan con la vida del hombre por manera alguna tienen que ver con el héroe. Pudo éste llevar una vida disipada, censurable desde el punto de vista moral, ciertamente, y al frente de un ejército conquistar la victoria y libertar